

no se dirigía la palabra á los niños, á los esclavos, á las mujeres, á los ignorantes, sino á los poetas, á los filósofos, á los sofistas, á los retóricos; no era lo mismo la predicacion en la corrompida Roma que en la culta Atenas; por eso en vez de deterrarse el gusto por las letras profanas, los Santos Padres que ocupan en este momento nuestra atencion, y mas tarde San Gerónimo y otros, las devoraban en silencio, rechazando la inmoralidad de algunos de sus pasajes y aceptando muchas de sus bellezas para modelar despues los encantos, las sublimes y arrobadoras ideas que les inspiraba el gran libro donde se encierra la moral cristiana.

La conducta seguida por Gregorio y Basilio tuvo despues, debe tener hoy imitadores: la Iglesia no ha rechazado, como antes de ahora hemos tenido ocasion de consignar, no ha rechazado el estudio de las letras profanas. Por otra parte, la época de la controversia filosófica habia pasado; despues del triunfo de la verdad sobre el paganismo y el arrianismo, de que nos hemos ocupado, sucede una nueva lucha no menos interesante y sublime; la lucha de la literatura, de la poesia y de la oratoria pagana con el arte cristiano, que hasta entonces se habia presentado severo, desnudo de atractivos, pero que en los Padres griegos habia de manifestarse capaz, no solo de igualar, sino de superar, de esceder en inspiracion y sentimiento á los mas acabados modelos de la antigüedad. Era necesario hacer ver al mundo las maravillas de la creacion bajo un nuevo aspecto; los encantos de la naturaleza, los afectos del alma sometidos á la accion regeneradora del nuevo culto, el poder de la nueva idea en relacion con las pasiones mas enérgicas y los móviles mas ocultos del corazon; y esta tarea fué la que inauguraron dignamente San Gregorio y San Basilio, á quienes Ville-

main llama «primeros modelos de esa piadosa y docta elocuencia que se consagra á la enseñanza del pueblo.»

San Gregorio y San Basilio, al reunirse en Atenas, estrecharon los lazos de cariño que habian contraido en Cesárea, hasta el punto que el primero escribe en el poema de su vida: «Conducidos á Atenas por Dios y por el deseo de saber, como dos rios que se unen despues de un largo curso, seguíamos con igual ardor un objeto, motivo de envidia entre los hombres, lazo misterioso de cariño entre nosotros.... nos disputábamos, no el honor de la preeminencia, sino el de renunciarla. Una sola alma animaba nuestros dos cuerpos, y nuestra ocupacion era la virtud.... confundidos entre la multitud, pasábamos los dias tranquilos, semejantes á las aguas de aquella fuente de quien se dice que conservaban su pureza en medio de las ondas saladas. Nos aplicábamos con mas gusto á las ciencias útiles que á las agradables, sin que conociésemos mas que dos calles de la ciudad, la una para ir á la iglesia y á visitar á los ministros sagrados del altar, la otra para asistir á nuestras cátedras ó conferenciar con los maestros que dirigian nuestro entendimiento y nos regalaban los ricos tesoros de su saber y su esperiencia.»

Oraban con frecuencia, y mortificaban con teson y entusiasmo sus sentidos: vigilantes sobre sí mismos, hallaban en su amistad recíproca mil consuelos y mil medios para escitarse á la práctica del bien. Su mesa era comun y su comida frugal: su traje honesto y el producto de sus rentas se distribuia sin distincion. En todas sus acciones no procuraban otra cosa que la gloria de Dios, y á esta sublime idea referian sus trabajos, sus estudios, sus vigiliass y generalmente el empleo de todas las facultades de su alma.

¿Cómo prescindir, pues, para juzgar á San Gregorio y á San Basilio, de estos interesantísimos detalles que hallamos en sus obras, y cuya lectura seria suficiente para formar de ellos la mas alta idea y la opinion mas ventajosa? La amistad cristiana, la amistad que nace á la sombra de ese árbol de deliciosa fragancia que embalsama el ambiente y presta fuerzas al fatigado viajero en la tierra, hizo que Basilio y Gregorio comprendieran toda la estension de sus deberes y naciese en ellos la resolucion que ha menester el orador sagrado en todos tiempos: su piedad contribuyó al mayor adelanto en sus estudios, llegando á adquirir una sólida reputacion, mas especialmente San Basilio, á quien los atenienses procuraron retener en la ciudad.

Separáronse por fin Basilio y Gregorio: el primero volvió á su pátria, donde se dedicó al ejercicio de la abogacia y á la enseñanza de la retórica por espacio de algun tiempo, hasta que disgustado del mundo renunció á él para consagrarse por completo á Dios; repartió sus bienes entre los pobres y visitó los monasterios de la Siria, el Egipto y la Lybia, edificándose mas aun á la vista de aquellos servidores de Cristo y retirándose á los desiertos del Ponto: allí le visitó su amigo San Gregorio atraído por sus cartas, y allí vivieron juntos de nuevo los que mas tarde debian prestar grandes servicios con su elocuencia á la causa de la verdad. San Basilio describe este refugio de tan bella como interesante amistad en una de sus cartas: «...Aquel sitio que tantas veces ideábamos juntos, dice á Gregorio, me ha sido concedido en realidad. Es una montaña elevada, vestida de verdes y espesas ramas, regada al Norte por frescas y limpias aguas: al pié hay una vega risueña, encantadora, con árboles de toda especie plantados á la ventura: la

isla de Calipto seria inferior á esta, por mas que Homero haya elogiado á aquella sobre todas...» así continúa el santo refiriendo minuciosa y estensamente los mas pequeños detalles del lugar de su retiro, donde se conceptuaba feliz poseyendo el mas suave de los bienes, la soledad.

Basilio y Gregorio fueron algunos años despues ordenados de sacerdotes y designados, el primero para el arzobispado de Cesárea y el segundo para las sillas de Sasima, de Nacianzo y Constantinopla, desempeñando estas altas dignidades con aplauso de toda la cristiandad.

San Basilio supo captarse las simpatías, no solo de los fieles, sino hasta de los mismos paganos; diósele el sobrenombre de *Predicador de la limosna* por su ardiente caridad, y cuando falleció en el año 379, fueron muy ostensibles las muestras del dolor general.

San Gregorio sacrificó al bien de la Iglesia el puesto de honor en que se hallaba colocado, renunció en obsequio de la paz su posicion, y se retiró de nuevo al desierto, donde acabó sus dias tranquilo, formando todas sus delicias y pasatiempos la fuente y los árboles de su jardin. San Gregorio murió el año 389.

Examinemos ahora la elocuencia de estos dos Padres de la Iglesia griega, comenzando por la de San Gregorio Nacianceno.

De San Gregorio nos quedan dos *Discursos contra Juliano el Apóstata*, varios *Sermones dogmáticos y morales*, algunas *Oraciones fúnebres, Cartas y Poesías*, escritas casi todas ellas en el último tercio de su vida, sin que, no obstante esta circunstancia, revelen el cansancio de los años ni los desengaños

de la vejez. Casi todas las obras de San Gregorio se han traducido ó impreso en griego y en latin: las ediciones que conocemos son una hecha en Paris en 1609 con notas del sábio abad Devilly, autor de la traduccion latina; otras dos hechas en 1611 y 1630, y la de Leipsich con el titulo de *Colonia* en 1690. El canónigo Bovés escribió la vida de este santo y la de San Basilio en 1634. Las ediciones españolas que hemos visto son reimpressiones de la edicion con notas de Devilly.

En opinion de Villemain, para formar una idea acabada del talento de San Gregorio, debe considerársele como un escritor agradable y brillante, lleno de política y elegancia, sin que pueda decirse en realidad que es un sublime orador; este crítico encuentra en sus discursos poca vivacidad y demasiado artificio en el estilo, haciendo notar en casi todos la falta del patético. En las oraciones fúnebres, dice, desconoce los medios de enlazar los hechos y la moral, se pierde en digresiones innecesarias, y aunque tiene ideas y aun giros y espresiones bizarras, hay en el todo demasiado estudio y simetría. Fenelon halla á San Gregorio mas conciso y mas poético que al Crisóstomo: algunos autores encuentran los trabajos de este santo doctor parecidos á los de Sócrates, á quien en efecto demuestra algunas veces haber querido imitar: el santo es superior al modelo, hay en él inspiraciones, conceptos é ideas de un orden muy superior, por lo cual, en los juicios de Villemain acerca de San Gregorio, encuentra muy oportunamente el abate Henry demasiada severidad é injusticia.

El discurso sobre el *Sacerdocio*, primero que citan con razon los que han escrito acerca de los trabajos de San Gregorio, es una obra de verdadero mérito y la mas bella quizá de nuestro santo: San Agustin, San Facundo, San Eu-

logio y San Leoncio la elogian mucho, y por nuestra parte aconsejamos muy encarecidamente á los jóvenes su lectura: como modelo creemos que debe tenerse presente por cuantos tengan precision de componer un discurso acerca de tan importante asunto.—El orador considera al sacerdote en su objeto, que es Dios, en su fin, que es enlazar al hombre con Dios: pasa despues á las grandes cualidades de que debe estar adornado el ministro del altar, y exige de él una pureza sin mancha, una vigilancia continua sobre sí mismo, la falta de toda apariencia de mal, ejemplos sublimes de virtud, *una perfeccion que tienda sin cesar á una perfeccion mayor*; es decir, el progreso en el bien, el adelanto en la senda de la virtud, la continua aspiracion á la santidad. En seguida esplica el modo de gobernar las almas, arte difficilísimo segun él y la mas sublime de todas las ciencias: quiere que se use el *rigor* y la *suavidad* segun las circunstancias: se admira de que siendo el ministerio de la palabra de tanta importancia, no se haya fijado la edad de ejercerlo, y quiere que no se confie nunca á quien de antemano no se haya *preparado* convenientemente y sobre todo *lavado las manchas del pecado*; recomendacion oportunísima, y que nosotros hemos hecho al querer sobre todo *ciencia y virtud* en los que han de levantar su voz en el santuario: «para tan importante mision, dice el santo, no seria esceso esperar á la vejez. Un defensor de la verdad, prosigue, que ha de conversar con los ángeles, orar con los arcángeles, unirse é identificarse con Jesucristo, reformar la criatura haciéndola digna del cielo, no es una estatua que se levanta en un dia:» espresion elocuente que no deben olvidar los jóvenes á quienes falta el tiempo para subir sin prepararse á la cátedra de la verdad.—El discurso sobre las excelencias del sacerdocio

es una verdadera apologia, y San Gregorio lo hizo para justificar su conducta, su retraimiento antes de ser elevado á tan alta dignidad. Al terminarlo se dirige á su padre el obispo de Nacianzo, y le dice profundamente conmovido: «Ved aquí, padre mio, un hijo obediente, un hijo sumiso á vuestros mandatos, á vuestra voluntad, mas por amor á Jesucristo que por temor á las leyes de vuestro rigor para conmigo. Yo os doy una prueba de mi obediencia, dádmela vos de vuestra bondad: concededme, concededme vuestra bendicion, sostened mis pasos vacilantes con vuestras oraciones, servidme de guia con vuestros discursos, fortalecedme con vuestro espíritu; porque la bendicion y el consejo del padre aseguran la casa y la prosperidad del hijo.»

El discurso sobre el *Amor á los pobres* es otro de los mas notables de San Gregorio, y ocupa el número 16 en las ediciones de Devilly. La pintura que hace el santo de esos infelices, á quienes la vergüenza no impide que se presenten á nuestros ojos llenos de harapos, porque á ello les fuerza la necesidad, justifica la opinion del abate Henry cuando califica de censor severo á Villemain, por el juicio que ha formulado acerca de los trabajos de San Gregorio. Hay en el discurso á que nos referimos verdadera elocuencia, es un trozo que, como modelo, debíamos presentar á la consideracion de nuestros lectores.

«Vedlos, dice, se mezclan entre nosotros cuando vamos á celebrar los misterios y á honrar las fiestas de los mártires; sus gemidos se confunden con los cánticos de la Iglesia, y á veces se distinguen en primer término: los que así escitan nuestra piedad son nuestros hermanos, segun Dios, de igual naturaleza que nosotros, formados del mismo barro, compues-

tos de nervios, huesos, piel y carne como nosotros. Son criaturas de Dios é imágenes acaso mas cuidadosamente conservadas de Dios: participan como nosotros de la gracia de Jesucristo: reconocen la ley que nos rige; creen lo que nosotros creemos y adoran lo que adoramos. Por ellos derramó Jesus su preciosa sangre, fué sepultado y con él resucitarán en la vida eterna: fueron los compañeros de sus trabajos y lo serán de su gloria. ¿Cuáles son, pues, nuestros deberes para con los pobres? ¿qué haremos nosotros á quien Jesucristo ha dado el nombre que tenemos: nosotros, que componemos la nacion santa, sacerdocio real, pueblo escogido y predestinado, discipulos, en fin, de aquel Maestro misericordioso y manso, que se prestó gustoso á sufrir las penalidades mas grandes por darnos una parte de las riquezas de la divinidad? ¿Qué pensaremos de los pobres teniendo en cuenta un ejemplo tan elocuente de misericordia y conmovedora ternura? ¿Tendremos valor para abandonarlos como si hubiesen muerto? ¿podremos consentir que vivan á la intemperie, teniendo nosotros casas cómodas y bien adornadas? ¿morirán yertos de frio por hallarse desnudos, cuando á nosotros nos sobran los vestidos? ¿carecerán del alimento preciso, cuando nosotros nadamos en la abundancia?....»

Las *Arengas* de San Gregorio contra Juliano han sido comparadas por algunos á las filípicas de Demóstenes; como trabajos puramente literarios, como modelos de elocuencia, en nuestro sentir son inferiores á los discursos del orador de Atenas. —¡Oh desengaños del mundo! dice á la conclusion de una de ellas; murió el feroz Juliano, y de su numerosa cohorte solo le resta una turba de comediantes, que canta en frases burlonas su apostasia y hasta su trágica muerte.—Este rasgo y otros parecidos disculpan hasta cierto punto la comparacion, que por innecesaria nos hemos atrevido á deshechar.

Apresurémonos á consignar en este sitio la autorizada opinión del señor Muñoz y Garnica acerca de la elocuencia de San Gregorio. «Este ilustre Padre de la Iglesia, dice, aventajó á casi todos en gusto literario. Su elocuencia es griega, pero de una belleza primitiva. Amaba la imitación de los sublimes modelos, y los cristianos de entonces fueron arrastrados por la palabra entusiasta de un sábio, que esplicaba la religion en la lengua de Lysias.—Decia San Gerónimo que la Iglesia no se habia formado de la Academia ni del Liceo; y ciertamente, la Siria no fué conquistada sino por la sencillez de los Apóstoles; pero ganó tantos pueblos cultos y tantos hombres de letras aquella religion ataviada con los adornos profanos de la filosofia ateniense, que Juliano el Apóstata llegó á prohibir entre los cristianos la enseñanza de la literatura griega. ¿Cómo recibió San Gregorio este edicto del emperador? Llevado de su amor á la ciencia, habia ido á las escuelas de Atenas, á la sazón medio gentílicas, medio cristianas. Allí conoció á Juliano. A los treinta años enseñaba filosofia, y á lo largo de los pórticos, y en los campos, le seguia la multitud ansiosa de recoger alguna de sus palabras.—Ama la soledad: hace muchos viajes y en ellos escribe sus *Homilias* llenas de dulzura, y algunas poesias de una suavidad clásica. La apostasia de Juliano, á quien habia conocido, como hemos dicho, de simple estudiante en las escuelas de Atenas, y á quien despues contemplaba lanzando desde el imperio bárbaros edictos contra los estudios griegos, que San Gregorio amaba tanto, inspiró al santo Prelado arengas atrevidas... en las cuales no disimula la alegría que le causa el ver malogradas las intenciones de Juliano. El santo arrecia en las invectivas cuando el emperador soñaba con el destino de Enéas ó de Rómulo. ¡Qué vehemencial se parece en esto solo á la de

San Atanasio, que anticipaba los funerales del Apóstata. Tristes augurios de las víctimas se mezclaban en la cabeza del emperador con sus sueños de gloria: de repente le cubre una nube de dardos y de flechas, porque habian de acertar los oráculos siniestros consultados en los bosques de mirtos y de cipreses, y ante los muros de Ctesiphon. Muerto el Apóstata, pareció concluida la mision de San Gregorio. Apenas se ocupa del arrianismo, haciéndonos comprender que no es el caudillo que vive entre el tumulto de las agitaciones populares, sino el orador de grandes pasiones, que no puede dejar de concluir su tema, y que siguiendo á Juliano en todos sus planes, bendijo al Señor cuando libró á la iglesia de Jesucristo de tan fiero enemigo.»

Tambien hemos dicho antes de ahora que San Gregorio compuso varias oraciones fúnebres: la mas notable fué la de *San Basilio*, si bien en todas ellas hay trozos de verdadero mérito y de sentimiento poco comun.

Por último, el discurso que pronunció San Gregorio en la iglesia de Constantinopla solicitando de los ciento cincuenta obispos allí reunidos el permiso de retirarse en premio de sus trabajos, ha sido citado con elogio hasta por los autores profanos. Acerca de las *Cartas* y los *Poemas* de este santo, nada nos corresponde decir en este libro, si bien hemos procurado con su lectura completar el juicio que de la elocuencia de San Gregorio dejamos consignado.

Acerca de la elocuencia de San Basilio debemos al lector algunas consideraciones, que pasamos á hacer, íntimamente persuadidos de que los mas procurarán conocer por sí mismos los importantes trabajos de este ilustre defensor de la fé, á

quien la Iglesia ha colocado en el número de sus doctores, y cuya muerte sintieron los paganos, los judíos y hasta los mas indiferentes.

La mejor edicion de las obras de San Basilio, es la de Garnier en tres volúmenes en folio, continuada por Prudencio Maran. En ella se comprendieron diversos panegíricos, algunos comentarios del Evangelio y cartas muy instructivas sobre la disciplina eclesiástica.

En la *Homilía*, San Basilio se distingue de un modo notable entre todos los Padres santos: sus discursos sobre *Los seis días de la creacion (Hexaméron)*, le han conquistado una reputacion universal. Entre algunos errores propios de la antigüedad, las Homilias de San Basilio contienen gran número de nociones justas, de descripciones bellísimas y verdaderas. «Se cree leer algunas veces, dice el abate Henry, páginas hermosísimas arrancadas de los *Estudios de la naturaleza*: el mismo cuidado en mostrar á Dios per medio de sus obras, la misma inteligencia, idéntica imaginacion especulativa y tierna para elevarse al origen de sus beneficios, la misma delicadeza, la misma sensibilidad en la espresion para hacerle conocer y amar.»

Las *Homilias* de San Basilio no pueden leerse con indiferencia, las lágrimas vienen sin querer á enturbiar nuestra vista, y se concibe perfectamente que todo un pueblo de artistas, de obreros dedicados al trabajo para ganar el sustento de cada dia, se apresurasen á oírle, olvidando su fatiga y su cansancio.

Apresurémonos en este momento á recoger algunas de las sublimes enseñanzas que para el orador sagrado guardan los discursos de San Basilio, pareciéndonos este el mayor elogio que podamos tributarle.

«Reflexionad un momento sobre estas palabras del Criador: —*Que la tierra produzca.*—Estéril, infecunda antes, la tierra obedece el mandato de Dios, y despojándose de su lúgubre vestidura, como la jóven desposada cambia su sencillo ropaje por las galas nupciales, se presenta á nuestra vista rica de adornos, rica de frutos, rica de flores, que cual madre previsora y tierna, reparte en torno suyo, sin cansarse jamás de ofrecernos esas familias innumerables de plantas que á cada instante podeis admirar.»

«*Hagamos al hombre....* palabras significativas, no empleadas antes para producir las cosas que nos rodean, palabras, en fin, en las que yo os ruego pareis vuestra atención para que sepais conoceros á vosotros mismos. La luz se hizo por un sencillo mandato: *Fiat lux*. El cielo, las estrellas, el mar, las aguas, los animales aparecen del mismo modo, sin prévia deliberacion: *Dixit et facta sunt*, Dios lo dijo, y todo quedó hecho. El hombre no existe aun, y Dios ya piensa en el hombre.—*Hagamos al hombre*, ¿no equivale esto á decir qué será, cómo será el hombre, de qué manera haremos al hombre? Antes de criarle, Dios medita, tiene consejo consigo mismo: como que estudia la organizacion que ha de dar á la obra mas perfecta que vá á salir de sus manos. La misma sabiduría parece que consulta, el poder infinito parece que se detiene. ¿Es que la obra ofrece alguna dificultad? Nó, no es esto; Dios quiere que el hombre aprenda por este medio que es el trabajo mas perfecto de las manos de su Hacedor.»

«¿Veis ese animal terrible, veis al leon, cuyo solo nombre os causa espanto, y cuyos rugidos hacen temblar la tierra? ¿Qué fuerza será bastante para resistir sus ataques? Los demás habitantes del bosque huyen á su presencia. Miradle: una voluntad ha sido suficiente para encerrarle en una estrecha jaula. ¿Quién le ha dominado? ¿de quién es cautivo? ¿quién ha forjado